

usurpacion. Los sucesores de Ramses estaban á merced de una especie de guardia pretoriana que nombraba y separaba los ministros y los reyes. Para mantenerse en el trono estos despreciables príncipes se veian obligados á comprar el apoyo de la aristocracia romana. Se exigieron por la fuerza al pueblo sumas fabulosas en provecho de los oligarcas del Senado; Auletes, por su parte, les distribuyó más de cien millones. ¿Para qué servian aquellos fantasmas de monarcas, cuyo menor crimen era envilecer la monarquía (1), y que acabaron por degradar al pueblo mismo? Cruelos en las contiendas civiles, los Egipcios se mostraron cobardes ante el enemigo. Es verdad que los favoritos de Tolomeo Philopator eran dignos del ódio y del desprecio general; pero la venganza popular igualó en atrocidad á los crímenes que se les echaban en cara. La matanza empezó por uno de los cortesanos de Agatocles; en cuanto la multitud gustó de la muerte (2) su furor no tuvo ya límites. Agatocles, sus parientes, sus amigos, las concubinas del rey fueron entregados á aquellos hombres sanguinarios: unos les arrancaron los ojos, otros les mordieron, los más humanos los mataron: despues se encarnizaron con los cadáveres y los desgarraron como si quisieran justificar la reputacion de crueldad del pueblo egipcio (3). La Grecia y el Asia al ménos lucharon por su libertad; los Egipcios sucumbieron sin gloria. Habian salido de Alejandría para combatir á los Romanos; dada la órden para que se rodease todo el campamento de fosos y empalizadas, todo el ejército exclama que el Tesoro público debia pagar obreros que lo hiciesen (4). ¿Merecia la independéncia un pueblo que negaba hasta el servicio de sus brazos para defender la patria?

Los Egipcios habian vivido aislados bajo los Faraones. La conquista de los Persas y de los Griegos causó una completa revolu-

(1) ESTRABON (XVII, p. 528) dice que Augusto libró al Egipto de la vergüenza de reyes borrachos.

(2) POLYB., XV, 33, 5.

(3) Δεινὴ γὰρ αὖ ἡ παρά τοῦ θυμοῦ ὀμότης γίνεταί τῶν παρὰ τὴν Αἴγυπτον ἀνθρώπων. POLYB., XV, 33, 10.— Como consecuencia de esta falta de humanidad, fueron declarados los Egipcios incapaces de desempeñar una magistratura en el Imperio romano. Esta incapacidad subsistió áun despues de la Constitucion de Caracalla (*Spanhem., Orb. Rom., Exerc. I, 13*).

(4) VAL. MAX., IX, I, exter. 6.—C. JUSTIN., XX, 1.

cion en su existencia; arrancados repentinamente de sus costumbres, sufrieron la suerte reservada á los pueblos cuyos legisladores han permanecido alejados del comercio de las demas naciones; lo mismo que los Espartanos y los Judíos, degeneraron rápidamente cuando salieron de su aislamiento secular para mezclarse con la humanidad. Desde la fundacion de Alejandría, el Egipto fué el centro del comercio del universo; las religiones del Oriente y la filosofia de los Griegos se encontraron allí con las tradiciones de la sabiduría egipcia; al mismo tiempo la industria desarrolló una actividad febril. De ahí una mezcla singular de movimiento comercial é intelectual, espectáculo que á un mismo tiempo atraía y repugnaba: «No hay en ese país, decia el emperador Adriano, ningun jefe de sinagoga judía, ningun samaritano, ningun sacerdote cristiano, que no sea matemático, arúspice ó charlatan..... Es una raza de hombres extremadamente sediciosa, versatil y propensa á la injuria; su capital es rica y opulenta, todo abunda en ella, y nadie permanece ocioso..... Los ciegos tienen allí su género de trabajo; los que padecen de gota en los piés tienen el suyo; áun los que la tienen en las manos no viven sin hacer nada.... Solamente sería de desear que las costumbres fuesen mejores» (1). Es menester elevarse por encima de este aparente desórden, y en la confusion de las doctrinas y de los intereses se percibirá, como lo hemos dicho en otra parte (2), la alianza providencial de las religiones del Oriente y de la filosofia griega, que preparó el camino al cristianismo y favoreció su desarrollo.

§ VI.—Roma y los Bárbaros.

N.º 1. — La España.

La España era poco conocida ántes de la conquista de los Romanos. Solamente en el siglo sexto de nuestra era, un logógrafo

(1) La carta ha sido conservada por FLAV. VOPISCUS en la vida de los *Cuatro Tiranos*, c. 8.

(2) Véanse los tomos I y II de mis *Estudios*.

distinguió la Iberia como un país aparte. Hecateo de Mileto designó algunos pueblos y algunas ciudades; pero esto no impidió el que permaneciesen confundidas las ideas acerca de la situación y magnitud de la España. Eforo, contemporáneo de Alejandro el Grande, creía que los Iberos, que se extendían á lo lejos hasta el mar occidental, no formaban más que una sola población (1). Los ejércitos romanos descubrieron la España, de la misma manera que hicieron conocer todo el Occidente y Norte de la Europa.

Escipion se había atraído las tribus españolas por su humanidad; sus sucesores no le imitaron. Los Españoles, raza valiente é indómita, se sublevaron contra la tiranía de los Romanos, como se habían levantado contra la explotación de los mercaderes de Cartago. Empezaron por quejarse de la avaricia y del orgullo de los procónsules; sus enviados se echaron á los pies del Senado, le suplicaron que no permitiese que los aliados de Roma fuesen tratados más cruelmente que los enemigos. El Senado mandó al pretor que nombrase una comisión investigadora, y autorizó á los Españoles á escoger sus defensores. Aunque la opresión era demasiado real, los acusados se libraron de la condena. Los patronos mismos se opusieron á que se persiguiese á los ciudadanos nobles y poderosos (2); éstos eran, sin embargo, los Escipiones y los Emilios. Tomáronse medidas para evitar las exacciones en el porvenir; pero ¿de qué servían los decretos, cuando los culpables tenían asegurada su impunidad? (3)

Herder dice que los Romanos trataron á la España poco más ó menos como los Españoles trataron á la América recientemente descubierta (4). Los generales y los magistrados no veían en aquel hermoso país más que ricas minas que explotar. La sed de riquezas fué la que llevó á Lúculo á hacer la guerra á pueblos á quienes no habían atacado los Romanos; creía que toda la España no era más que plata y oro. Los habitantes de Cauca

(1) *Real-Encyclopädie*, t. III, p. 1386.

(2) «*Fuma erat prohiberi á patronis nobiles ac potentes compellere.*» LIV., XLIII, 2.

(3) LIV., XLIII, 2.

(4) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Gesch.*, XIV, 3.

le preguntaron á qué precio podían obtener su amistad; Lúculo exigió rehenes y cien talentos; después quiso que la ciudad tuviese una guarnición romana; habiendo ocupado las murallas los soldados, todo el ejército les siguió; entonces Lúculo dió la señal de la matanza; de veinte mil habitantes se salvaron muy pocos. El historiador griego á quien debemos estos detalles hace notar que, á pesar de que Lúculo hacía esta guerra impía sin la orden del pueblo romano, no fué ni aun acusado (1). Así es que pronto se encontró un hombre que le excedió en perfidia y en avaricia: acusado ante los tribunales, Galba fué absuelto, gracias á sus riquezas (2).

No pudiendo los Españoles resistir de frente á las legiones, les hicieron una guerra de guerrilleros. La resistencia á la dominación extranjera tuvo desde entonces el mismo carácter que tomó en nuestros días contra la injusta agresión de Napoleón. Los Romanos, lo mismo que los Franceses, calificaban de bandoleros á los nobles defensores de la independencia nacional, y se creían dispensados de observar respecto de ellos las leyes de la guerra. Estos bandoleros eran héroes. Hubo madres que mataron á sus hijos, para librarlos de la esclavitud de Roma. Un niño dió muerte á sus padres y hermanos prisioneros, por orden del padre (3). Si se los vendía, mataban á sus señores; si se los embarcaba, rompían el buque y le echaban á pique. Llevaban habitualmente un veneno consigo, para no sobrevivir á una derrota (4).

Viriato vengó á sus compatriotas: derrotó sucesivamente cinco pretores. El poeta portugués ha criticado la perfidia de Roma, que recurrió al asesinato para vencer al heroico pastor (5). Si Servilio se deshonoró comprando matadores contra Viriato, el pueblo romano entero se cubrió de vergüenza en Numancia. Un historiador latino confiesa que fué la más injusta de todas las guerras (6).

(1) APPIAN., VI, 54, 51, 52, 55.

(2) IBID., VI, 59, 50. CICERON (*Brutus*, 23) dice que debió su absolución á la piedad que inspiraban sus hijos. C. VAL. MAX., VIII, 1, 2.

(3) STRAB., III, p. 113, edit. Casaub.

(4) APPIAN., VI, 73, 68.

(5) CAMOENS, *Las Luisiadas*, canto VIII.

(6) FLORUS, II, 18.

Aquella ciudad que no pudo jamas armar más de diez mil hombres, tuvo la gloria de imponer á un cónsul una paz humillante. El Senado no cumplió el convenio. Creyó libre su conciencia entregando á los enemigos á Mancino desnudo y atadas las manos á la espalda. Los Numantinos se negaron á recibirle, y respondieron á los formalistas romanos que la sangre de un solo hombre no podía expiar la violacion de la fe pública (1). Escipion Emiliano fué enviado á España para reparar el honor de las armas romanas. El destructor de Cartago no es un bello carácter como el vencedor de Annibal; teniendo noticia delante de Numancia de la muerte de Tiberio Graco, pronunció en alta voz este verso de Homero:

«Así perezca todo el que haga lo mismo» (2).

El duro aristócrata fué igualmente implacable con los Españoles. Habiendo sorprendido á una ciudad que enviaba socorros á los Numantinos, exigió que se le entregasen cuatrocientos habitantes, y les hizo cortar las manos. Despues de una defensa heroica, Numancia sucumbió. Escipion, sin esperar las órdenes del Senado, la destruyó por completo (3).

César y Augusto terminaron la conquista de España, despues de una lucha de dos siglos. Hemos censurado la avaricia y crueldad de los conquistadores; debemos tambien hacer justicia á su poder civilizador.

Si se compara la España en tiempos de la invasion de los Romanos con la España del Imperio, queda uno admirado. La Península estaba desolada por guerras permanentes, no solamente de pueblo á pueblo, sino de individuo á individuo: «El Español, dice un poeta, no vivía más que para las armas; estaba deseoso de morir en los combates, porque creía que las almas volvian al cielo hácia los dioses, cuando los cadáveres eran desgarrados por los ávidos buitres» (4). Cuando faltaba un enemigo de fuera,

(1) VELLEJ. PATERC., II, 1.—PLUTARCH, *Tib., Gracch.*, 5, 7.—APPIAN., VI, 80, 83.

(2) PLUTARCH., *Tib. Gracch.*, 21.

(3) APPIAN., VI, 94, 98.

(4) SIL. ITAL., *Bell. Pun.*, III.

lo buscaban los Españoles dentro (1). «Los Iberos, y sobre todo los Lusitanos (2), dice un historiador griego, tienen una costumbre singular. Los jóvenes sin fortuna, pero dotados de fuerza y de valor, se retiran por grupos á terrenos inaccesibles: recorren el país y se enriquecen con las rapiñas» (3). Aun en tiempo de Mario miraban los Iberos el bandolerismo «como la cosa más bella del mundo» (4).

Ménos de un siglo despues, la España se trasforma como por milagro. Magníficos caminos establecian comunicaciones entre todas las provincias; por todas partes se elevaban acueductos, termas, teatros, circos, templos. Jamas ha estado tan poblada España ni ha sido tan industriosa, y tan rica como en los primeros siglos del Imperio (5). La lengua de los vencedores fué la de los vencidos. La obra de la cultura intelectual empezó por medio de las armas. Sertorio reunió á los hijos de las principales familias y los hizo instruir en las letras griegas y latinas: «Los padres, dice Plutarco, estaban satisfechos de ver á sus hijos vestidos con telas bordadas de púrpura ir á las escuelas con decencia. Sertorio los examinaba muchas veces por sí mismo, y distribuía premios á los más distinguidos» (6). Los Españoles estuvieron bien pronto en estado de dar lecciones á los Romanos. M. Porcio Latron, el maestro de Augusto y de Ovidio, nació en Córdoba; la misma ciudad fué la patria de Lucano y de los Séneca. Las ciencias de la agricultura y de la geografia no conocen nombres más célebres que los de Columela y Pomponio Mela. El mayor de los retóricos romanos nació en España. Entre los poetas y los historiadores de la decadencia brillan en primera línea Marcial y Floro.

¿Cómo se verificó este rápido paso de la barbarie á la civilización? Augusto envió un gran número de colonias á España. Ciudadanos romanos se establecieron en masa en los países conquis-

(1) JUSTIN., XLIV, 2.

(2) Los Lusitanos eran los habitantes más bárbaros de la España; practicaban los sacrificios humanos, mutilaban á los cautivos.—STRAB., III, p. 106.

(3) DIODOR., V, 34. C. STRAB., III, p. 109, 112.

(4) PLUTARCH., *Mar.*, 6.

(5) *Real-Encyclopädie*, t. IV, p. 1398.

(6) PLUTARCH., *Sertor.*, c. 14.

tados. Como consecuencia de esta colonización, se fundaron varias ciudades romanas; Leon, Mérida, Zaragoza y otras muchas fueron focos desde donde se extendió la civilización por toda la península.

Se ha dicho que Roma, al civilizar á los pueblos vencidos, destruía su originalidad. Esta acusación es por lo ménos exagerada. Los monumentos de las artes, lo mismo que los de la literatura de España tienen un carácter particular. La estatuaria gustaba de representar los toros, como si quisiera ennoblecer por el encanto del arte una pasión que se ha censurado frecuentemente á los españoles. Todos los escritores que España dió á Roma se distinguen por un estilo oratorio magnífico, pero muchas veces ampuloso (1). Análogas observaciones podrían hacerse acerca del genio de la nación; ha conservado su individualidad á través de la dominación romana, la invasión de los Bárbaros y la conquista árabe; aún hoy se encuentran en el pueblo rasgos que caracterizan las razas primitivas.

N.º 2. — Los Galos.

I.

«Desde que Roma existe, dice *Ciceron*, todos los sabios políticos han pensado que no tenía adversarios más formidables que los Galos.» *Floro* los llama «los enemigos cotidianos, y en cierto modo domésticos, de los Romanos.» Al decir de *Salustio*, «era necesario, con los Galos, combatir por la salud y no por la gloria» (2). ¿Cuál era esta nación formidable que no cesó de amenazar la existencia ó de turbar la tranquilidad de la Ciudad Eterna hasta el

(1) CICERON critica ya la hinchazón en los poetas de Córdoba: «*pingue quiddam atque peregrinum*» (*pro Archia*, 10). Este defecto se encarnó, por decirlo así, en *Senecion*, llamado *Grandio* por su grandilocuencia; se decía de él que, aficionado á las grandes cosas, no compraba más que grandes muebles, no llevaba más que grandes zapatos, ni tenía más que grandes esclavos y concubinas de una talla gigantesca (M. SENECA, *Suas.*, I, 2).

(2) CICER., *De Provinc. Consul.*, c. 13.—FLORUS, II, 3. C. LIV., XXVIII, 47.—SALLUST., *Jug.*, c. 114.

momento en que el genio de César la sometió? Según el testimonio de los más antiguos escritores, la raza gala se volvía loca por la guerra. Los Galos se presentan delante de Alejandro Magno: «¿Qué teméis?» les pregunta el conquistador. «Que el cielo caiga», dicen ellos. El cielo mismo no les espantaba casi; le lanzaban flechas cuando tronaba. Aunque el Océano se desbordase, no rehusaban el combate y marchaban á él con espada en mano (1).

Ningun pueblo de Europa ha tenido una existencia tan agitada, tan brillante. El genio de los Galos no parecía ser sino movimiento y conquista. Recorren el mundo con espada en mano; sus expediciones abrazan la Europa, el Asia y el Africa. Incendian á Roma, devastan y espantan á la Grecia; después van á plantar sus tiendas sobre las ruinas de Troya; sitian á Cartago; amenazan á Menfis; cuentan entre sus tributarios monarcas del Oriente; en dos ocasiones fundan en la alta Italia un poderoso Imperio, y levantan en el seno de la Frigia el reino de los Galatas, que dominó largo tiempo sobre el Asia Menor (2).

Los Galos entraron en relación con los Romanos en la gran emigración que tuvo lugar tres siglos y medio después de la fundación de Roma. Fué aquella como la vanguardia de los pueblos del Norte que la Providencia arroja hácia las comarcas del Mediodía para renovar el antiguo mundo. Treinta mil guerreros Senones vinieron á proponer á los Etruscos una repartición fraternal de su suelo. Por toda respuesta, los habitantes del Clusium tomaron las armas é imploraron el auxilio de Roma. Tres diputados de la familia de los Fabios fueron encargados de ir, en nombre del pueblo romano, á invitar á los Galos á que no atacasen á una nación de la que no habían recibido injuria alguna. Cuando los embajadores hubieron expuesto su mensaje, los Galos respondieron que ellos aceptarían la paz si los de Clusium les daban tierras. Los Fabios, aristócratas altivos, preguntaron con qué derecho venían unos extranjeros á exigir el territorio de otro pueblo, y qué tenían que hacer en la Etruria. A esta pregunta, el jefe de los

(1) STRAB., VII, p. 209.—ARRIAN., *Exp. Alex.*, I, 4.—ARISTOT., *Ethicor. ad Eudem.*, III, 1.—ÆLIAN., XII, 23.

(2) TIEBRY, *Historia de los Galos*. Introducción.